

concluir, pero tambien, y mucho mas, ha dejado el recuerdo de un alma apostólica que el rango y la fortuna no separaron de su vocacion, que el trabajo no cansó jamás, y que experimentó la desgracia sin abatirse ni irritarse. Vos viviréis largo tiempo, Monseñor, en esa silla que teneis de su eleccion, y en que vuestra presencia nos recordará su espíritu de discernimiento; vos viviréis para amar y bendecir la religion, que es el primer bien de los hombres, su fuerza y su gloria, y que sin embargo recibe tambien de ellos, por las mismas virtudes que les da, el poder y la honra. Y vosotros, hermanos míos en el sacerdocio de Jesucristo, que habeis perdido dos veces, por la ausencia y por la muerte, un obispo que os era tan querido, nosotros todos, al ver caer con tanta rapidez los apoyos que Dios habia dado á su Iglesia, conoceremos mas nuestros deberes y la brevedad del tiempo que nos ha dispensado para cumplirlos; reflexionaremos seriamente sobre nosotros mismos, y nos apresuraremos á cultivar estos cortos años que han sido confiados á nuestra fidelidad. Mas ricos que nuestros predecesores, poseemos el fruto de su trabajo, el ejemplo de sus virtudes, y un siglo que se ha madurado bajo la misericordiosa luz de los acontecimientos mas grandes. ¿Haremos sin embargo mas y mejor que nuestros padres? Herederos de Zorobabel, que reparó las ruinas del templo, ¿reedificaremos nosotros, como Nehemías, los muros y las torres de la ciudad santa? Dios solo, que lee en lo mas remoto de los siglos, Dios lo sabe. Pero si esta gloria nos está negada, si la trulla y la espada caen de nuestras manos antes de haber acabado el recinto de Jerusalem, ¿podamos al menos dejar á los hijos de la esclavitud una memoria que los fortifique, un perfume que se levante de nuestra tumba, y que lleve á su corazon, con buenas noticias de lo pasado, un feliz presagio del porvenir!

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE EL ALMA.

SERMON VIGÉSIMO PRIMERO.

De la humildad que produce en el alma la doctrina católica.

MONSEÑOR (1):

Señores:

Podemos considerar toda doctrina en el cuerpo docente que la posee y la propaga, en los manantiales que la contienen, en los efectos que produce, en su fundador, y finalmente en su misma esencia. Por esto, Señores, llamado yo á exponer en esta cátedra la doctrina católica, he tratado en primer lugar de la Iglesia, de sus caractéres, de su constitucion, de su autoridad, de sus relaciones con el orden temporal; he tratado despues de sus fuentes, tales como la Tradicion, la Escritura, la Razon, la Fe, donde la Iglesia bebe su doctrina; y en fin, en el año último he abordado los efectos que produce esta doctrina en el espíritu. Y ya habeis visto que produce en él la certeza racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana, inmutable, y además una certeza sobreracional, es decir, una conviccion que no proviene del estudio, transluminosa y que excluye la duda; y despues un conocimiento que por su extension, su profundidad y su claridad excede al conocimiento humano. Finalmente, he establecido que entre la razon humana y la razon católica existen relaciones de armonía, de inteligibilidad, de analogía, de confirmacion recíproca, y no obstante, de supremacía en favor de la razon católica.

Hoy, Señores, avanzaremos mas en esta ruta que hemos abierto ante vosotros; porque las conclusiones del espíritu no son las con-

(1) Monseñor Affre, arzobispo de Paris.

elusiones finales del hombre. Cuando el hombre ha visto alguna cosa, cuando por medio de esta luz que brilla en él, ha descubierto un objeto, por lejos que sea, ve aparecer otra fase de su sér, otra potencia, que es la sensibilidad. Es impulsado hácia este objeto por un sentimiento cualquiera, hasta que otra facultad, que es el lugar de la fuerza, se apodera de este sentimiento, manda, dirige, produce actos interiores y exteriores, y pone en conmocion toda la vida.

Por esto, Señores, tratamos de saber qué es lo que produce la doctrina católica en el sentimiento y en la voluntad, ó mejor dicho, cuáles son sus efectos en el alma, despues que ha producido en la inteligencia una certeza, un conocimiento, una razon. Tal será el objeto de nuestros Sermones de este año. Los principiaré sin ningun preámbulo, aunque no sin haberos advertido que la palabra del hombre no es nada por sí sola, y que toda elocuencia es un vano sonido, si no la fecundiza el espíritu de Dios. Ruego, pues, á los que aquí estais y sois cristianos, que eleveis vuestros corazones hácia Dios, para que descienda su bendicion sobre nosotros; y ruego tambien á los que no tienen la dicha de ser cristianos, que preparen bien al menos el estado de su alma, y que cooperen con un movimiento de buena voluntad á los esfuerzos de esta palabra que van á oír, y á los deseos fraternales de todos estos corazones amigos que van á asistir á la palabra para que les penetre y les arrebatte hasta á la verdad.

El objeto primero y mas natural del conocimiento del hombre es él mismo. Sobre él cae su primera mirada, y sobre él retorna. Puede desviarse de cualquier otro pensamiento, aun del de Dios, aun del del universo; pero aunque quisiese cerrar los ojos de su espíritu por un acto de su omnipotencia soberana, no podría separarse de sí. Y hé aquí por qué, Señores, el sentimiento que el hombre tiene de sí mismo, el sentimiento que nace en el hombre con motivo de la vista que tiene de sí, es seguramente de la mas alta importancia. Porque el hombre podrá avasallar cualquier otro sentimiento, por dominador que este sea, supuesto que podrá separarse de los objetos que lo producen; pero no podrá desembarazarse ni un solo instante del sentimiento que tiene de sí mismo, del sentimiento que correspónde á la mirada que sumerge incesantemente en sí. Y como el sentimiento toca á la voluntad, y la voluntad es el resorte de la accion, fácil es de concebir que esta cuestion del sentimiento que tenemos de nosotros mismos es una cuestion capital.

Yo abro, pues, temblando el corazon del hombre, y no necesito ir muy lejos; ¡ay! no tengo mas que abrir el mio para descubrir lo

que pasa en el de mis semejantes. Abro el corazon del hombre y conozco que se ama. Se ama, y no lo censuro; ¿por qué habia de odiarse? Pero se ama con exceso: se ama mas que á todo, se ama sobre todo, se ama de una manera exclusiva, se ama con orgullo, hasta quiere ser el primero y solo el primero. Descendamos á nosotros mismos; ora hayamos nacido en un trono ó en la tienda de un artesano, en el fondo, desde el momento en que se despierta en nosotros la vida moral, no cesamos de aspirar á la exaltacion de la primacia. Dícese que al pasar César por no sé qué pueblo de los Alpes, y apercibiendo en su pequeño foro cierta agitacion con motivo de la eleccion de un jefe, se detuvo un momento á contemplar este espectáculo. Sus capitanes que le rodeaban, admirábanse y decian: ¿Tambien en este pueblo se disputa la preeminencia? y César, como que era hombre grande, les dijo: «Mas quisiera ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.» Este es el grito verdadero de la naturaleza. Donde quiera que nos hallamos, queremos ser los primeros. Artistas predestinados á reproducir los objetos con el pincel ó el buril, oradores que saben crear pensamientos en el espíritu de la multitud, generales mandando batallones y prometiéndoles la fuga del enemigo, ministros conduciendo los imperios, reyes agitados bajo la púrpura, todos aspiramos á la primacia, y á la primacia solitaria. No estamos contentos sino cuando, midiendo con una mirada todo cuanto nos rodea, hallamos el vacío, y mas allá de este vacío, lo mas lejos posible, un mundo de rodillas adorándonos.

Un jóven ha recibido de la naturaleza una fisonomía feliz: rubios son sus cabellos, azules sus ojos, su frente noble, su sonrisa amable: ligera y débil criatura, ¿creeis que no aspire mas que al destino de una flor? Os engañais; él tambien sueña en la primacia y en la dominacion; con estos débiles atractivos que ligan los corazones, trata de hacerse un objeto efímero de admiracion sobre esos labios del mundo donde se cuentan todos los prestigios y todas las glorias que se marchitan en el instante en que nacen.

En una palabra, Señores, aspiramos á la primacia aun por la potestad de la nada. No insistiré mas en esta verdad, porque es un lugar comun, y, por la gracia de Dios, tengo horror á insistir en ellos.

Pero hé aquí lo que sucede. Cuando el hombre embriagado de sí mismo, mira á su alrededor, ¿encuentra acaso un espectáculo que corresponda á las ilusiones de su orgullo? No, antes halla todo lo contrario, halla rangos formados en los que él no tiene lugar: jerar-

guía de nacimiento, recuerdos de una antigua gloria que ha cruzado los siglos, y que resplandece aun por la potestad de la historia sobre la frente de un hombre sin mérito; jerarquía del talento que ha distribuido la naturaleza en sus caprichos, y que, á pesar de todas nuestras protestas, se coloca mas elevado que nosotros y hace á nuestro amor propio magníficos insultos; jerarquía de la fortuna procedente de la virtud, del vicio ó de la habilidad; jerarquía de toda clase y de todo nombre, que descansa en las leyes, en las tradiciones, en las necesidades, en los abismos siempre prontos á abrirse cuando se ataca lo que ha fundado el tiempo. Y al ver esto, el hombre caído de la nada en medio de todos estos tronos que le retan, el hombre se indigna; reacciona con toda la fuerza de esa potencia de mando que hay en él y que puede desafiar hasta á la naturaleza, como Ajax pronto á morir amenazaba con el trozo de su espada la majestad de los dioses; su orgullo irritado todo lo desafía; el odio de la superioridad que sufre, se une en su corazón con el odio de la igualdad que rechaza. ¿No es Mahoma quien ha dicho en alguna parte: *¡Iguales! mucho tiempo há que Mahoma no los tiene?* Y no sabéis que el César moderno, habiendo recibido en Egipto de un miembro del Instituto una carta que comenzaba con estas palabras: « Mi querido discípulo, » entregando el papel en aquella mano acostumbrada á rubricar la victoria, repetía con desden: « ¡Mi querido discípulo! ¡qué estilo! » Bien podemos, Señores, decretar la igualdad en las constituciones; el orgullo ratifica su proclamación solo para rebajar á los que están mas elevados que nosotros, pero no para elevar á los que están mas bajos. El odio de la superioridad no hace mas que llamar á sí al odio de la igualdad y el desprecio de la inferioridad. Estos son los tres hijos legítimos del orgullo. ¡Si al menos en este corazón fascinado por la necesidad de la primacía reinase una verdadera elevación! Pero el orgullo se halla sobrado bien con la bajeza; una bajeza sorda vive en el orgullo y forma gemonias (1) que los mas crueles tiranos no hubieran inventado. Esta conciencia, tan delicada para con el trono en que se coloca, esta conciencia se vende y se compra: se humilla para engrandecerse, mendiga de rodillas la púrpura que cubrirá su desnudez, acepta el desprecio para obtener el derecho de devolverlo.

Hé aquí, Señores, al hombre tal cual es, el sentimiento que tiene

(1) Llamábanse gemonias los lugares destinados antiguamente para ejecutar el suplicio de los reos y exponer sus cadáveres.

de sí mismo y las consecuencias normales de este sentimiento. Ahora bien, yo digo que evidentemente y sin grande esfuerzo de lógica, este es un sentimiento falso, inhumano, infortunado. Es un sentimiento falso; porque es imposible que todo el mundo sea el primero, y por consiguiente el voto de la naturaleza ó de la Providencia, cualquiera que sea el nombre que le deis, no ha podido llamarnos á la primacía. Si este fuese nuestro objeto y nuestra vocación, existiría solo un sér, y aun entonces no sería el primero, supuesto que para que haya un sér primero es necesario que haya séres últimos. Es un sentimiento inhumano; porque tiende al envilecimiento de todo lo que llega á ser lo primero, y al desprecio de todo lo que no es bastante afortunado ó bastante fuerte para crearse una situación elevada. Finalmente, es un sentimiento infortunado; porque está en contradicción con todas las realidades de la vida. El orgullo pide infinito, y da muy poco la vida, tanto mas cruel, cuanto que ella favorece á algunos y muestra de lejos á la ambición anhelante sus raros productos. El orgullo dice á un artesano que es un soberano, y el infeliz marcha, lleno el espíritu con esta soberanía, á tender en la calle la mano á un trabajo que no siempre encuentra, y que deshonra anticipadamente con sus vicios. ¿Cómo quereis, pues, que exista la felicidad en una contradicción tan punzante entre lo que sentimos y lo que es realmente?

La doctrina católica, Señores, se ha propuesto cambiar enteramente el sentimiento que tenemos naturalmente de nosotros mismos. Ha atacado ese sentimiento que parece indestructible y nada diferente de nuestra esencia; ha esperado formarnos otro sentimiento enteramente contrario, y yo admiro esta esperanza y esta singular seguridad. Admiro una doctrina que no teme derrocar al hombre por su base; que no solo quiere estirpar en él un sentimiento radical, sino que crea un sentimiento opuesto al antiguo, y se promete inaugurarle en lo mas profundo de su corazón. El hombre vivía de orgullo; él vivirá de humildad. Y ¿qué es la humildad? La humildad es una aceptación voluntaria del lugar que se nos ha marcado en la jerarquía de los séres, una posesión de sí mismo con una moderación igual á lo que valemos, y que nos induce á descender hácia lo que no vale tanto. El orgullo tendía á subir; la humildad desea bajar. El orgullo implicaba el odio á la superioridad, el odio á la igualdad, el desprecio á la inferioridad; la humildad encierra en sí el amor y el respeto á la superioridad en aquellos á quienes ha hecho la Providencia superiores á nosotros, el amor y el respeto á la igualdad

en aquellos á quienes ha hecho la Providencia iguales á nosotros, el amor y el respeto á la inferioridad no solamente en aquellos á quienes ha hecho la Providencia inferiores á nosotros, sino aun respecto de nosotros mismos y de una manera absoluta. El orgullo aspiraba á ser el primero, la humildad aspira al último lugar. El orgullo queria ser rey, la humildad quiere ser servidor. Sentimiento increíble, que no tenia nombre en la lengua de los hombres, y que se ha creado un nombre, una historia y una gloria.

Digo una gloria, porque no creais que la humildad tratase de humillaros, antes era su objeto realzaros; ninguna otra doctrina, Señores, ha pretendido exaltar el alma humana tanto como la doctrina católica; ninguna otra le ha propuesto una ambicion mas grande y mas extraordinaria. Ella no le habla mas que de sus orígenes y de sus fines divinos; sustituye por ella la eternidad á la inmortalidad; le da á Dios por hermano y al cielo por patria; le inspira tan profundo respeto de sí misma, que las menores sombras de la rectitud y de la conciencia le causan horror, y en vano ensayaria á vivir tranquila cuando ha empañado la mas ligera mancha el esplendor de su dignidad personal. Así la mas elevada exaltacion del alma debe aliarse y se alía en la doctrina católica á la mas profunda humildad. ¿Cómo es esto? ¿Cómo es compatible una ambicion sin limites con una aspiracion enteramente contraria?

Podria, Señores, no abordar esta explicacion, puesto que solamente trato de los fenómenos de la doctrina: no obstante, no es inútil que toquemos de vez en cuando el secreto interior de las cosas. Quitemos, pues, la contradiccion aparente que nos preocupa, y penetremos hasta la esencia de la humildad. Sabedlo, Señores, la verdadera elevacion no está en la elevacion de naturaleza, en la jerarquía material ó exterior de los seres. La verdadera elevacion, la elevacion esencial y eterna, es la elevacion de mérito, la elevacion de la virtud. El nacimiento, la fortuna, el genio, no son nada ante Dios. Porque ¿qué es el nacimiento ante Dios, que no ha nacido? ¿Qué es la fortuna ante Dios, que ha hecho el mundo? ¿Qué es el genio ante Dios, que es el espíritu infinito, y de quien nos viene esa pequeña llama extraordinaria á que damos tan bello nombre? Evidentemente no es nada. Lo que sí es algo ante Dios, lo que nos aproxima á él, es la elevacion personal debida al esfuerzo de una virtud que, cualquiera que sea el rango natural en que hayamos sido colocados, reproduce en el alma una imagen seria de la Divinidad. Pues bien, cuanto mas se eleva la virtud desde un lugar bajo, mayor es su mérito. Imitar á

Dios cuando se toca á las primeras gradas de su trono, cuando se le ve cara á cara, es un mérito fácil; pero que una criatura colocada en un rango inferior, que un simple hombre sin nacimiento, sin fortuna, sin genio, encorvado bajo los útiles de una tienda y aplicado á la obra mas vil, que este hombre se eleve hasta Dios por un movimiento de su corazon, que saque de su alma olas de un amor sin mancha, que ofrezca á Dios, aunque tan lejos de él, una imagen de sí mismo, verdaderamente su abatimiento en la jerarquía natural aumentará su elevacion en la jerarquía del mérito. La humildad no excluye, pues, la exaltacion; antes la auxilia, y lo que es mas, la produce. Porque ¿qué es la virtud que constituye la jerarquía del mérito? La virtud evidentemente no es otra cosa que la adhesion de sí á los otros; ¿es pues posible adherirse sin abnegacion de sí mismo? ¿Es posible sacrificarse sin que el primer sacrificio sea el del orgullo? Porque ¿qué es el orgullo, sino yo, siempre yo, yo mas que cualquiera otro, yo mas que el universo, yo mas que la humanidad, yo mas que Dios? ¿Qué es el orgullo sino el propio egoismo? Y como el egoismo y la virtud son dos palabras que se excluyen, se sigue que el orgullo y la virtud se excluyen tambien, para dejar ver claramente que la virtud y la humildad tienen una misma definicion, y que así bajarse es elevarse. El orgullo no es mas que la forma del egoismo, la pasion de la nada que se amontona en sí, y que quiere oprimir á todos los demás; la humildad es la forma del amor, la pasion del sér verdaderamente grande, que quiere hacerse pequeño para darse mejor. Así Dios es el mas humilde de los seres; él, que es sin igual, tiene iguales en la triplicidad de la personalidad divina; él, que es la altura sin limites, se baja á la nada para crear el sér, y al hombre para tomar su naturaleza. De él, mejor que de un emperador romano, debiera haber dicho el poeta: *Subido al trono, á descender aspira.* Tal es, Señores, el sentimiento que ha pretendido imponer al hombre la doctrina católica respecto de sí mismo. ¿Y lo ha conseguido? Sed vosotros los jueces. ¿Há creado realmente la humildad en el hombre? ¿Ha inducido al hombre á descender voluntariamente? Todos vosotros lo sabeis; la historia del catolicismo os es conocida; sabeis el sentimiento que animaba á los santos, el sentimiento que os inspira la Iglesia á vosotros mismos. La doctrina católica es la que ha inaugurado en el mundo el amor sincero de la superioridad; ella es la que ha producido el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad, segun esta expresion del Apóstol: *Diligite charitatem fraternitatis, — amad el amor de la fraternidad.* Finalmente, ella es la que nos

ha dado el gusto de hacernos pequeños, de descender de clase, del nacimiento, de la fortuna, del brillo, del genio; ejemplos célebres que los mismos reyes han dado y que dan aun oscuramente todos los dias infinitas almas imitadoras de la humildad del Calvario en medio de ese espantoso orgullo que reina aun en la humanidad, aunque no sobre la humanidad.

Ahora, Señores, ¿qué deberemos deducir de todo esto? Esto es lo que vamos á ver.

La humildad es una virtud. Necesito demostrarlo por las consecuencias posteriores á que quiero llegar. La humildad, digo, es una virtud, porque la virtud es una fuerza del alma que resiste al mal y que produce el bien, y la humildad lleva consigo todos estos caracteres. Es una fuerza, pues que supera la inclinacion de nuestra naturaleza al egoismo de la primacia; resiste al mal y produce el bien, porque el mal es una relacion falsa, y el bien una relacion verdadera de los sentimientos y de los actos con los seres. Siempre que estamos con los seres en una relacion exacta, justa, armoniosa, no por el espíritu, pues esto seria el fenómeno del conocimiento, sino por el corazón y los actos, estamos en el bien. Siendo, pues, el orgullo un sentimiento falso, inhumano, desgraciado, un sentimiento que desnaturaliza todas nuestras relaciones con la jerarquía de los seres, se sigue manifestamente que la humildad, que nos coloca respecto de los seres en una relacion verdadera, humana y feliz, es una virtud. El orgullo turba todos los seres, comenzando por sí mismo; la humildad apacigua todos los seres, comenzando por ella misma: la humanidad es la virtud-príncipe, como el orgullo es el vicio-príncipe.

Esto sentado, digo que solo la verdad puede producir la virtud, y que el error es absolutamente incapaz de producirla. En efecto, el error coloca á nuestro espíritu en una relacion falsa con los seres: él nos los presenta tales como no son, é induce por consiguiente nuestro corazón á la falsedad. Inducido el corazón á lo falso por seres que se le presentan bajo un aspecto que no es el suyo, ¿cómo quereis que deduzca un sentimiento verdadero el corazón, y la voluntad actos justos? Esto no es posible. Sabeis muy bien, Señores, que el sentimiento sigue la vista del espíritu, y que los actos siguen el impulso del sentimiento. Así está constituida la jerarquía de nuestra actividad interior y exterior. El hombre ve primeramente, y segun ve, experimenta en la sensibilidad una simpatía ó una repulsion; y segun experimenta una simpatía ó una repulsion, manda

en su interior por la voluntad y despues obra exteriormente. Pero si el punto de partida en esta serie de actos de la organizacion activa es viciosa; si, por ejemplo, veo como malo lo que es realmente bueno, si veo á Dios como un tirano en lugar de verle como un padre, ¿no es cierto que solicitado mi sentimiento por esta idea falsa de Dios, se inclinará á odiarle? Mientras que si tengo idea verdadera de Dios, si oigo la primera palabra del cristiano que ora, *Padre nuestro que estás en los cielos*, ¿no es cierto que mi sentimiento gravitará hácia él bajo la forma de un filial afecto?

Os admirais sin cesar de hallar almas buenas y bien dotadas, cuyos actos y sentimientos en ciertas materias os causan un estupor doloroso, y decís: ¿Cómo son capaces de escribir ó de hacer cosas tan odiosas esos hombres que parecen de un espíritu tan recto? ¡Ah! Señores, es porque esos hombres ven mal. ¿Creeis acaso que el corazón sea siempre ante Dios tan culpable como nos parece á nosotros? ¿Pensais que viviendo en medio de una sociedad en que el espíritu sin cesar sitiado por el error, sea la misma la responsabilidad de los sentimientos y de los actos que en las épocas en que la verdad sola instruia y gobernaba al mundo? Cuando de tiempo en tiempo, cristianos, se persigue vuestro honor con calumnias públicas, decís: Solo una pluma malévolá ha podido trazar tales injurias. Desengañaos; tal vez os ataca la buena fe, y casi puede asegurarse que es el error, error mas ó menos culpable, segun la desgracia de los tiempos y la multiplicidad de las causas que han falseado el espíritu. Lo que llamais una puñalada es frecuentemente una estocada para el que os hiere: él no conoce la Iglesia, la ciudad de los santos; descúbrela al través de las tempestades del siglo, como un obstáculo para lo que le parece ser la regeneracion de las ideas, el porvenir del mundo, el desarrollo de la civilizacion; él ve lo contrario de lo que vosotros veis, y hace por consiguiente lo contrario de lo que vosotros haceis. ¡El error! Señores, ¡el error! hé aquí el origen mas fecundo del mal, y siempre un manantial de donde no puede salir ningun bien, ninguna virtud, segun he demostrado.

¿Queremos, pues, conocer si una doctrina es la verdad? Para esto no tenemos mas que ver los sentimientos y los actos que son su consecuencia. Toda doctrina que produce la verdad es necesariamente verdadera: la virtud es el fruto inimitable de la verdad.

Pues bien, la humildad es una virtud; una virtud sustituida al peor de todos los vicios; una virtud capital que crea la autoridad, la fraternidad, el amor sagrado del pobre, que coloca á cada uno de los

hombres en su lugar respectivo, aun en el último lugar, y consintiéndolo ellos. Así pues, la doctrina católica, de que es un efecto la humildad, es una gran verdad, una verdad grande, primera y capital.

Pero no es esto todo, Señores; no basta la sola verdad para producir una virtud; la verdad puede ser ineficaz en esta grande obra, aunque sea necesaria para ella. Enseñándonos la verdad las verdaderas relaciones de los seres, es sin duda el germen primero de la virtud; pero este germen puede abortar, si no desarrolla en el corazón un sentimiento: y no es lo mismo dar sentimientos que dar ideas. Yo sé cómo se dan ideas. Abre el hombre sus labios bendecidos por Dios; habla, expone una serie de proposiciones que contienen lucidez, y la luz pasa de su espíritu al espíritu que le escucha. Pero ver no es sentir; pasar del acto de la visión al acto del sentimiento es pasar de una región á otra: ya no basta la luz para explicar este nuevo fenómeno, pues todos los días vemos y permanecemos insensibles. Yo bajo á la calle, y encuentro un pobre que me tiende la mano: veo que la relación de este hombre respecto de mí es una relación de pobreza á riqueza, de uno que pide á quien puede compadecerse y consolar; y no obstante, paso por su lado sin bendecirle ni con la mirada, ni con el corazón, ni con la mano. Tengo la verdad respecto de este pobre, pero me falta la caridad. ¿Quién me dará la caridad? Indudablemente otra potestad distinta de la verdad; pero no obstante una potestad que esté unida á la verdad, como lo está el calor á la luz; una potestad capaz de conmoverme, de afectarme, de arrebatarme. Así pues, nombradme la patria. Todo el mundo sabe lo que es la patria. Pero cuando el enemigo está delante, cuando se trata de dar su sangre por defenderla, y cuando á veces se cree que esta sangre es inútil, porque la debilidad del corazón nos representa el sacrificio como una cosa que no dará buen éxito; entonces, ¿qué será necesario para decidirnos? Será preciso que caiga de alguna parte y venga á animar este corazón helado una inspiración simpática respecto de la patria, para que haga brotar de él esa sangre que quiere conservar. Es necesaria la inspiración simpática para hacer pasar la verdad al estado de sentimiento; mientras no obra esta inspiración simpática, es imposible que se produzca el sentimiento. De aquí viene tan frecuentemente la impotencia de la palabra; la palabra ilumina muchas veces sin dar calor, porque el mismo orador está frío, porque no se halla suficientemente cargado de electricidad simpática, y nadie comunica lo que él mismo no tiene.

Una doctrina que no contiene inspiración simpática en el corazón del hombre, es pues una doctrina estéril para la virtud, cualquiera que sea la cantidad de verdad que por otra parte encierre; y al contrario, siempre que una doctrina renueve y transforme el corazón del hombre, es manifiesto que le es simpática en alto grado, y que por consiguiente es verdadera, no solo para el espíritu, sino para el corazón. Ahora bien, la doctrina católica ha hecho nacer en el hombre el sentimiento desconocido de la humildad; ella ha herido, como Moisés, la roca de su orgullo, y le ha vuelto dulce, sencillo, obediente, contento con el último lugar; ha obrado un milagro que ha exigido la más admirable inspiración simpática: es pues verdadera para el corazón como para el espíritu.

Aun hay más: hay en la virtud otra cosa que la verdad conocida y sentida; hállese en ella también la fuerza que obra. Puede verse la verdad; puede gustarse, y faltar no obstante energía suficiente para quererla y ponerla en práctica: este caso es muy frecuente. Lo que todos necesitamos más es fuerza, es el *vir*, lo que no puede escribirse al pie de nuestra estatua, como se hacía al pie de la estatua de un hombre célebre, esta simple inscripción: *Vir*. La debilidad es la desgracia de nuestra naturaleza más difícil de curar. Por lo común vemos bastante pronto la verdad; la amamos sin mucho trabajo; pero su transfiguración primitiva en virtud, pero el acto final en el cual falta el hombre á su mismo nombre, hé aquí el esfuerzo tan raro como supremo. Pues bien, la doctrina católica, que ha llevado al mundo la idea y el sentimiento de la humildad, ha creado también su fuerza. Ha hecho realmente hombres humildes, tanto por los actos como por las ideas y los sentimientos; ha producido la virtud de humildad en su sustancia total. Y pues que nadie da lo que no tiene, es sobre toda controversia que la doctrina católica posee la fuerza que hace los humildes. Pero ¿qué fuerza y de qué género? Indudablemente una fuerza que no existe en la naturaleza, que es superior á ella, pues que es natural al hombre el orgullo destronado por la humildad, y que así, no siéndole natural la humildad, ha sido necesario, para que el hombre la recibiese y la practicara, una fuerza que no venía de su naturaleza, una fuerza por consiguiente divina, pues que solo conocemos dos clases de fuerza: la naturaleza y Dios. Luego la doctrina católica, que hemos probado ya ser una verdad de espíritu y una verdad de corazón, es también una verdad divina.